

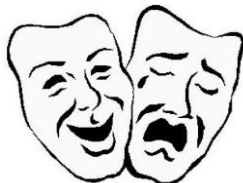
LOS IMPUNES

Tragedia en un acto
Escrita en 1996

Ariel Barchilón



Fuente:
Dramática Latinoamericana
de Teatro/CELCIT N° 42



A la memoria de Rodolfo Walsh y Haroldo Conti

Estrenada en el 9 de octubre de 1997, en el Teatro El Doble, Buenos Aires, con el siguiente elenco:

Participó del 1 Festival Internacional de Teatro de Buenos Aires, 1997.

Primer Premio de Iniciación en Dramaturgia de la Secretaría de Cultura de la Nación, 1996

Maquetación actual: Demófilo 2014



Biblioteca Virtual

OMEGALFA

2014

Ω

Personajes:

MAURE
BAUNESS
LARRAUDI
AUXILIAR

1. PRÓLOGO:

EL OLVIDO ES COMO LA OSCURIDAD (CANON)

Canon en fuga de los monólogos de Bauness y Maure en la oscuridad. No dialogan entre ellos. No se ven sus cuerpos. Son sólo voces que suenan en la oscuridad total, hasta que muy lentamente aparece la única imágen: un brazo que sostiene un hacha en el gesto de descargar un golpe.

BAUNESS: Quise olvidar. No porque me lo hubieran ordenado. Por mí. Quise olvidarlo todo. Pero el olvido es como la oscuridad. No tiene límites. Es terso. Suave. Profundo. Permite hundirse.

MAURE: Yo me encontraba primero en el jardín mirando la pajarera terminada. Había quedado hermosa. La puerta estaba abierta, Bauness, y yo tenía la certeza de que debía entrar. Entro, y de golpe, empuja a correr una brisa que cierra la puerta. Quedo encerrado. Por más que trato no puedo abrir la puerta.

BAUNESS: Dejé todo. Renuncié a mi puesto. Renuncié a mi especialidad médica. Pedí la baja. Me la dieron. Quería hundirme en la oscuridad del olvido, para que brillara el futuro.

MAURE: Desesperado, intento forzarla pero no lo consigo, hasta que descubro que hay otra puerta, una puerta que no existe en la pajarera real, en el extremo opuesto, y esa puerta, en la pesadilla, está abierta. Entonces, doy un paso y salgo, Bauness, ¿y sabe lo que veo al otro lado? ¿Sabe? Un páramo.

BAUNESS: Quería hundirme en la oscuridad del olvido, para que brillara el futuro.

MAURE: Un gran páramo, una especie de pampa estéril cortada al medio por una enorme pared.

A PARTIR DE ESTE MOMENTO Y EN UN RITMO MUY LENTO LAS LUCES IRÁN ENFOCANDO EL BRAZO DE MAURE QUE SOSTIENE UN HACHA EN EL GESTO PREVIO A DESCARGARLA SOBRE SU MANO IZQUIERDA, APOYADA EN UNA MESA DE CARPINTERO. EL PROCESO DE ILUMINACIÓN DEBERÁ SER MUY SUAVE. SOLO SE VE EL BRAZO, EL HACHA, LA MANO, EL HUMO DE UN CIGARRILLO, Y, QUIZÁS, EL BRILLO DE UN VASO. NO SE VE EL RESTO DEL CUERPO. PERMACERÁ INMÓVIL HASTA QUE SE LO INDIQUE.

BAUNESS: Me alejé de todo. Me dije, no quiero ver más a esa gente. No quiero volver a este lugar. Este lugar ya no existe. Ni en la realidad. Ni en la mente. Ni en la memoria. Olvido total. Oscuridad. Pero no fue posible.

MAURE: Un gran páramo, una especie de pampa estéril cortada al medio por una enorme pared. ¿Sabe cómo era, Bauness? ¿Sabe? ¡Enorme! Una pared tan enorme y tan alta que el borde se perdía en el cielo, entre las nubes. Y yo caminaba siguiéndola. ¿Sabe por qué caminaba? ¿Sabe por qué? Porque alguien me estaba llamando. Una voz familiar pronunciaba mi nombre. Una vocecita infantil me llamaba.

SE ESCUCHA UNA VOZ DE NENA QUE GRITA: ¡JUULIO! ¡JUULIO!

BAUNESS: Este lugar ya no existe. Ni en la realidad. Ni en la mente. Ni en la memoria. Olvido total. Oscuridad. Pero no fue posible.

MAURE: Y yo corría desesperado a la orilla del paredón, hasta que llegaba a un sitio donde veía a mi mujer, la Gringa, metida en una

ciénaga. Tenía hundido el cuerpo hasta la cintura en una especie de arena movediza... y sus brazos, Bauness, sus brazos se proyectaban tensos hacia donde estaba la nena, la Chiquita.

BAUNESS: Este lugar ya no existe. Ni en la realidad. Ni en la mente. Ni en la memoria. Olvido total. Oscuridad. Pero no fue posible. Anoche el olvido se agrietó. Estaba en mi casa, acostado junto al cuerpo tibio de mi mujer. Nuestra hija dormía suavemente en su cama, el perro estaba echado en la cocina. Eran las dos de la madrugada.... Y entonces sonó el teléfono.

SUENA UN TELÉFONO, Y CONTINUARÁ SU SONIDO DURANTE EL MÓNÓLOGO DE MAURE, HASTA QUE BAUNESS LO ATIENDA.

MAURE: ...sus brazos se proyectaban tensos hacia donde estaba la nena, la Chiquita. Yo me daba cuenta de que la Gringa había querido ayudar a su hija, pero había caído en las arenas movedizas. La Chiquita, en cambio, estaba parada junto a una puerta de madera... ¡Era ella la que me llamaba!

SUPERPUESTA AL TELÉFONO, SE ESCUCHA UNA VOZ DE NENA QUE GRITA: ¡JUULIO! ¡JUULIO!

BAUNESS: Nuestra hija dormía suavemente en su cama, el perro estaba echado en la cocina. Las dos de la madrugada. El teléfono.

EL HACHA DESCARGA EL PRIMER GOLPE SOBRE LA MANO IZQUIERDA. UN ALARIDO INAUDIBLE QUE DICE ¡NOOOO!. BAUNESS ATIENDE EL TELÉFONO CON VOZ DE DORMIDO.

Hola... Sí, soy yo.... ¿Quién? ¿Coronel Larraudi...? Sí... sí... ¿Qué hora es?... ¿Cómo? ¿Ahora mismo? Pero... ¿No podemos dejarlo para mañana...? ¿En veinte minutos...? Pero... ¡Escúcheme! Colgó. Me dio una orden y colgó.

PAUSA. CUELGA EL TELÉFONO.

MAURE: La Chiquita estaba parada junto a una puerta de madera... ¡Era ella la que me llamaba! ¡Y de adentro...! ¿Sabe quién sale de

adentro? ¿Sabe? ¡Él! ¡Sale él! ¿Sabe qué aspecto tenía? Bondadoso. Llevaba una especie de luz bondadosa en la cara... y él abraza a la Chiquita, y ella lo besa con cariño, Bauness. Y entonces yo gritaba: ¡Noooo!

EL GRITO DESGARRADOR CORRESPONDE AL MOMENTO EN QUE EL HACHA CAE SOBRE LA MESA POR SEGUNDA VEZ Y SEPARA LA MANO IZQUIERDA DEL BRAZO. EL SONIDO DEL GRITO SE PROLONGARÁ, O NO - SEGÚN CRITERIO DEL DIRECTOR- ATENUADO Y EN SORDINA DURANTE LA PRIMERA PARTE DE LA CHARLA ENTRE BAUNESS Y LARRAUDI, PERO LA LUZ DE LA IMAGEN SE IRÁ EXTINGUIENDO LENTAMENTE HASTA DESAPARECER.

BAUNESS: *LUZ TENUE SOBRE SU CUERPO.* Contra mi voluntad debí dejar mi cama a las tres de la mañana, subir a un auto del Ejército Argentino y marchar hacia el Hospital Militar donde me esperaba el doctor Larraudi, jefe del área clínica.

2.

EL ÚNICO SITIO IMPUNE A LA LUZ (CONTRAPUNTO)

La luz va creciendo hasta hacerse dolorosamente blanca. Oficina de Larraudi en el Hospital Militar. La escena tiene continuidad con las últimas palabras de Bauness. Apenas éste termina el relato gira y estrecha la mano de Larraudi.

LARRAUDI: ESTRECHÁNDOLE LA MANO. ¿Qué dice, doctor Bauness? ¿Cómo le va?

BAUNESS: Bien...

LARRAUDI: Disculpe que lo hayamos sacado a estas horas de la cama... pero el caso lo justifica...

BAUNESS: La verdad que no sé por qué me llamó a mí, si...

LARRAUDI: Sí, sí... Comprendo. Lo que ocurre es que el paciente pidió que viniera usted. Su equilibrio psíquico es delicado, ¿me explico?

BAUNESS: No entiendo por qué yo, de todos modos.

LARRAUDI: Déjeme que le explique el caso...

BAUNESS: Le voy a ser franco, doctor Larraudi.

LARRAUDI: Coronel.

BAUNESS: PAUSA. Coronel. Hace catorce años que estoy desafectado del cuerpo, así que...

LARRAUDI: CORTANTE PERO AMABLE. No creo que sea tan inhumano, doctor. Se trata de una persona enferma, lo único que le pido es que la vea. Tal vez pueda hacer algo por ese pobre hombre. ¿Es tanto pedir?

BAUNESS: No, pero...

LARRAUDI: ¿Usted sigue siendo médico?

BAUNESS: Por supuesto, pero cambié de especialidad.

LARRAUDI: Sí, algo escuché por ahí... El paciente no tolera la luz y por eso se lo ha tenido que internar en una pequeña sala del subsuelo, donde están las calderas.

BAUNESS: ¿En La Caldera?

LARRAUDI: PAUSA. PERTURBADO POR EL NOMBRE. Ya no llamamos así al subsuelo. Ya sé que esa salita no es el sitio ideal para un paciente tan delicado, pero es el único lugar hermético del hospital, impune

a la luz, oscuro. Porque, aunque le parezca extraño, lo único que lo calma es la oscuridad.

BAUNESS: Antes no me tratabas de usted.

LARRAUDI: ¿Cómo?

BAUNESS: Que hace quince años nos tuteábamos, Larraudi.

LARRAUDI: Cierto. Pasa el tiempo. Ahora soy coronel.

BAUNESS: *AGRESIVO.* ¿Qué querés de mí? ¿Para qué me hiciste venir?

LARRAUDI: *FRIO.* Quince años. Ahora soy coronel; respete los rangos, mayor Bauness. *AMABLE, GÉLIDO.* Si nos tratamos de usted va a ser más fácil.

BAUNESS: *PAUSA.* Bien... *IRÓNICO.* ¿Qué necesita de mí, coronel?

LARRAUDI: Que revise al paciente. Quiero su opinión profesional.

BAUNESS: ¿Por qué yo?

LARRAUDI: Digamos que... creemos que usted puede ayudarlo más que nadie...

BAUNESS: ¿Yo? ¿Por qué?

LARRAUDI: El paciente se automutiló.

BAUNESS: ¿Qué?

LARRAUDI: En su casa. Estaba solo. Se tomó una botella de whisky y después... se cortó la mano izquierda con un hacha...

BAUNESS: ¿Qué dice?

LARRAUDI: Una patología grave. Depresión profunda. Fotofobia. Lo único que lo calma es estar ahí abajo, en la oscuridad...

BAUNESS: En La Caldera.

LARRAUDI: *AMABLE, AMENAZANTE.* No use ese nombre, mayor.

BAUNESS: No me diga mayor. Llámeme Bauness, o doctor, o doctor Bauness.

LARRAUDI: *CIERRA LOS OJOS. EVOCA CON DULZURA.* Grita. Ese hombre grita. Está desesperado.

BAUNESS: Todavía no entiendo qué tengo que ver yo con todo esto.

LARRAUDI: Mucho. El paciente grita llamándolo a usted.

BAUNESS: ¿A mí?

LARRAUDI: Sí.

BAUNESS: ¿Cómo sabe mi nombre?

LARRAUDI: Fueron colegas, amigos creo...

BAUNESS: ¿Quién es?

LARRAUDI: Maure.

BAUNESS: ¿Quién?

LARRAUDI: Lo que escuchó. El coronel Julio Maure.

BAUNESS: No sé a qué estás jugando, pero no me interesa tu juego, Larraudi. Me voy.

LARRAUDI: *LEVANTANDO EL TONO.* No es un juego, y trátame de

usted. Ya se lo dije.

BAUNESS: Son las tres de la madrugada... Mi mujer...

LARRAUDI: GRITA. ¡Ya mismo, Bauness! ¡Ya mismo!

BAUNESS: ¿Estás loco? Me hiciste salir de la cama a la fuerza...

LARRAUDI: Ultima vez que se lo advierto, mayor. Respete la jerarquía y el trato, si no quiere sanciones. Ya mismo tiene que ir a ver al paciente. Es una orden. No estamos deliberando. *OPRIME UN BOTÓN EN EL TELÉFONO.*

BAUNESS: Pero...

LARRAUDI: *LE ALCANZA UNOS PAPELES. SECO.* La historia clínica. Quiero su informe completo dentro de treinta minutos, mayor Bauness.

BAUNESS: Pero...

Entra el Auxiliar.

LARRAUDI: Teniente, escolte al mayor Bauness hasta la sala donde se encuentra el coronel Maure.

AUXILIAR: A la orden, señor.

LARRAUDI: Pueden retirarse.

3.

CON LOS OJOS VENDADOS (INTERLUDIO)

Continuidad entre una escena y otra. El Auxiliar conduce a Bauness hasta un pasillo donde se detienen.

AUXILIAR: Tengo que vendarle los ojos, mayor.

BAUNESS: ¿Qué?

AUXILIAR: Orden del coronel. Nadie puede bajar sin tener los ojos vendados.

BAUNESS: Ridículo.

AUXILIAR: Son órdenes, señor.

BAUNESS: Proceda. EL AUXILIAR LE VENDA LOS OJOS. ¿Usted ha visto al paciente?

AUXILIAR: No, señor.

MIENTRAS SE PRODUCE EL DIÁLOGO EL AUXILIAR CONducIRÁ A BAUNESS POR PASILLOS OSCUROS Y ESCALERAS HASTA LLEGAR A UN SITIO ALTO EN EL QUE LO ATARÁ A UNA SILLA CON LA QUE, POR MEDIO DE UNA ROLDANA, LO HARÁ DESCENDER POR UN HUECO HASTA EL SITIO LLAMADO LA CALDERA, DONDE ESTÁ MAURE. TODO SE HARÁ CON MUCHA SOBRIEDAD, NATURALMENTE.

Estas son vendas limpias y esto una linterna, por si juzga necesario revisarle las heridas al coronel. Le aconsejo que una vez dentro, cierre la puerta con llave, y, sobre todo, por el propio bien del coronel, no le desate las correas.

BAUNESS: ¿Lo han atado?

AUXILIAR: Sólo por su bien.

BAUNESS: ¿Intentó algo?

AUXILIAR: Hace cuatro días. Pero no logró hacerse más que heridas superficiales en la muñeca derecha. Después de eso el coronel Larraudi ordenó que lo trasladaran al subsuelo.

BAUNESS: Comprendo.

AUXILIAR: Además grita.

BAUNESS: ¿Por qué?

AUXILIAR: Le duele, parece.

BAUNESS: ¿Y por qué no le dan un calmante?

AUXILIAR: El paciente reacciona críticamente a todos los calmantes.

BAUNESS: ¿Alérgico?

AUXILIAR: Negativo, señor. Los exámenes no dan indicio de alergia.

BAUNESS: Reacción psicósomática, entonces.

AUXILIAR: Es lo que piensa el coronel Larraudi, señor.

BAUNESS: Está condenado a sufrir.

AUXILIAR: Según parece. Voy a hacerlo descender, mayor. *LA SILLA DESCENDE POR EL AGUJERO CON BAUNESS.* Orden cumplida, señor. Puede quitarse la venda, pero guárdela porque la necesitará para salir. Si precisa algo presione el botón rojo que está junto a la puerta de entrada y me presentaré de inmediato.

BAUNESS: Gracias. *EL AUXILIAR HACE UNA VENIA, GOLPEA SUS TACOS Y SE RETIRA HACIA LA SOMBRA. BAUNESS QUEDA SOLO FRENTE A LA PUERTA DE LA CALDERA. PAUSA.*

Y así es como me quedo solo en un pasillo blanco, limpio y mal iluminado. Me pregunto por qué acepté venir a este sitio, si había jurado no volver nunca más. No tengo respuesta para esa pregunta, me digo, así que mejor la olvido, y me concentro en la tarea que me han obligado a realizar. ¿Realmente me han obligado o yo mismo me estoy obligando?, me pregunto. No tengo respuesta para esa pregunta, me digo. Sólo sé que yo no quería venir otra vez, que no quiero ver otra vez a Maure, que no quiero soportar otra vez las órdenes de Larraudi. Sé todo esto, y sin embargo aquí estoy, como en el 77, como en el 78, frente a La Caldera, en la noche. *PAUSA.* La puerta de La Caldera ha sido pintada de verde. La puerta de La Caldera ha sido pintada de verde, me digo mientras hago girar la llave que me dio el auxiliar, y me obligo a evocar de qué color era esta puerta en el 77, en el 78. Pero ese esfuerzo es inútil porque no he retenido ni un solo detalle de aquella época. *PAUSA.* Recuerdo todo lo que pasó, sé lo que significa ese pasado, pero los detalles se han ido de mí. Mi memoria, me digo, es un espejo empañado, pese a que, en esa época, yo venía todas las noches, como ahora, a este lugar. Todas las noches. Todas.

4.

TODO MI CUERPO ES UN OJO SIN PÁRPADO

Continuidad de la escena. Bauness abre la puerta. La luz tenue ilumina una densa oscuridad donde se ve la cama en la que Maure yace brutalmente atado.

MAURE: ¡Fuera de aquí!

BAUNESS: ¡Tranquilo, capitán! Soy yo, el doctor Bauness.

MAURE: ¡Ni yo capitán, ni usted doctor! ¡Cierre de una vez! ¿No le han dicho que no soporto la luz?

Bauness cierra la puerta. La oscuridad se derrumba sobre los cuerpos, anulándolos.

BAUNESS: ¿Cómo se siente, capitán?

MAURE: Ya le dije que no soy capitán. Hace mucho que ascendí, mayor Bauness.

BAUNESS: Prefiero que me diga doctor.

MAURE: Usted siempre será el mayor Bauness. ¿O acaso reniega del grado?

BAUNESS: No. Pero prefiero que me llame doctor.

MAURE: ¿Doctor? No me haga reír, quiere. Usted siempre será el mayor Bauness. Siempre, aunque se disfrace de civil. Y usted lo sabe.

BAUNESS: Dejemos eso, Maure.

MAURE: ¡Coronel Maure!

BAUNESS: Está bien. *PAUSA.* ¿Cómo se siente, coronel Maure?

MAURE: En la oscuridad me siento mejor.

BAUNESS: ¿Le duele el brazo?

MAURE: No.

BAUNESS: Voy a darle una mirada, si me permite.

MAURE: ¿Y cómo va a hacer, mayor?

BAUNESS: Traje una linterna.

MAURE: No. No quiero.

BAUNESS: No sea chiquilín, Maure.

MAURE: ¡Coronel Maure!

BAUNESS: Está bien.

Silencio. Pausa.

BAUNESS: Coronel Maure, lo que le pasó es serio. Usted sabe que si se le infecta...

MAURE: Si usted enciende la linterna, voy a pedir que lo destituyan, mayor
Bauness.

BAUNESS: ¡Déjese de joder, quiere!

MAURE: Le recuerdo que las cosas han cambiado, y yo soy su superior ahora. Usted me debe obediencia, mayor.

BAUNESS: ¡Esto es ridículo, Maure! Usted está enfermo y yo soy médico. ¡Y ya le dije que no me llame mayor!

MAURE: ¡Y yo ya le dije que me llame coronel! Silencio. Pausa.

MAURE: ¿Escucha?

BAUNESS: No.

MAURE: La voz. Quiere volver.

BAUNESS: No escucho nada.

MAURE: ¡Es horrible! Debí cortarme la derecha también.

BAUNESS: ¡Qué dice!

MAURE: ¿No entiende? *PAUSA*. Creí que usted iba a entender. Por eso lo hice llamar.

BAUNESS: ¿Usted le pidió a Larraudi que me hiciera venir?

MAURE: Sí.

BAUNESS: ¿Por qué?

MAURE: Porque usted es el único que puede recordar lo que pasó. Usted es el único que puede ayudarme a...

BAUNESS: ¿Qué le pasa?

MAURE: ¿No escucha?

BAUNESS: Dejemos eso, Maure. Permítame revisarlo.

MAURE: ¡Sh! Silencio.

BAUNESS: ... MAURE: ... BAUNESS: ...

MAURE: ¿Escucha?

Silencio. Pausa.

BAUNESS: Nada.

MAURE: Preste atención. Ahí está la voz de ese hijo de puta.
ATERRADO. ¡Dígale que se vaya, mayor!

Silencio. Pausa. Maure se pone a gemir.

BAUNESS: ¡Cálmese!

MAURE: ¡Dígale que se vaya, mayor!

BAUNESS: Tranquilo, Maure.

MAURE: *GIMIENDO.* ¡Dígale que se calle, mayor! ¡No lo soporto! Padre nuestro que estás en los cielos...

BAUNESS: ¡Contrólese!

MAURE: ...santificado sea tu nombre, venga a nos tu reino...

BAUNESS: Supongo que no llegó a coronel por ser un blando.

MAURE: ...y hágase tu voluntad aquí en la tierra...

BAUNESS: *SIN ÉNFASIS, CON DESPRECIO.* No sea civil, Maure.

Maure deja de rezar y gemir, logra que su odio transforme ese silencio en hielo.

MAURE: *LENTO, SIN ÉNFASIS.* Usted sabe bien quién soy. Usted conoce mi vocación de soldado. A mí me entrenaron los gringos en Panamá, y ya sabe que hay que tenerlas bien puestas para pasar con ellos.

BAUNESS: Déjeme revisarle la herida.

MAURE: ¿Por qué no me deja de joder y me escucha, mayor? Lo hice venir para que me escuche.

BAUNESS: Cálmesese, usted está alterado por lo que pasó, pero...

MAURE: ¡Le ordeno que se calle, mayor! ¡No es el brazo lo que me duele! Le estoy hablando de un dolor que... ni siquiera sabía que existiera... Es... algo... espantoso...

BAUNESS: Cálmesese, coronel. Estoy aquí para ayudarlo.

Sonido metálico. Se activan automáticamente las calderas, lo que fragmenta, de golpe, el silencio. Hace pensar en un río lento que asciende vertical, ramificado y caliente, por las paredes del hospital.

BAUNESS: ¿Y eso?

MAURE: Se activaron las calderas. ¿No recuerda?

BAUNESS: Si quiere le vendo los ojos.

MAURE: ¿No se acuerda, Bauness? Cada treinta minutos se activan las calderas aquí abajo.

BAUNESS: Con los ojos vendados...
¡l,

MAURE: ¿Para qué?

BAUNESS: Para que la luz de la linterna no lo perturbe.

MAURE: Sería inútil. El problema no está en mis ojos. Es toda la piel; se me ha puesto muy sensible. Siento como si todo mi cuerpo fuera un ojo sin párpado, ¿entiende? Por eso me hace tanto daño la luz. Es horrible.

BAUNESS: ¿En qué lugar siente el dolor, coronel?

MAURE: Usted no entiende. Ya se lo dije a Larraudi, no es un dolor corporal. Es adentro. No sé cómo decirle... no es un dolor... es la voz de ese hijo de puta que empieza a hablarme...

BAUNESS: Cállese, Maure. Gire la cabeza hacia la derecha y cierre los ojos. Voy a cambiarle las vendas.

MAURE: ¡No, Daniel! ¡No! ¡No quiero!

BAUNESS: ¡Vamos, viejito, vamos! Es un minuto. Cerrá los ojos y apretá bien fuerte.

MAURE: ¡No!

BAUNESS: Tomá este pañuelo. Mordelo. Tengo que revisarte la herida.

Bauness enciende la linterna e ilumina el brazo izquierdo de Maure que termina en un muñón. Le quita las vendas, lo limpia. Maure gime. Llanto ahogado por el pañuelo.

BAUNESS: ¡Aguantá, Julito! ¡Falta poco!

En la zona alta del escenario, en la oficina de Larraudi, se enciende una luz que lo ilumina. El monólogo representa la explicación que antes le dio a Bauness. Ambas escenas se alternan.

LARRAUDI: Todo su cuerpo temblaba de una manera horrible cuando lo encontramos. Maure fue quien nos llamó dos horas después de haberse amputado él mismo la mano izquierda. Fuimos a buscarlo con una ambulancia; estaba desmayado en el garage de su casa de Temperley, casi desangrado.

Temblaba de una manera horrible. A su lado había una botella de whisky vacía, y nó sé cuántos puchos apagados contra el piso.

BAUNESS: A MAURE QUE GIME. Cálmese, coronel, ya estoy terminando.

LARRAUDI: ¿Usted estuvo alguna vez en el garage de la casa del coronel Maure? Es aficionado a la carpintería; tiene un pequeño taller. Sobre el banco de carpintero lo encontramos. Tenía los ojos secos. Costó muchísimo sacarlo del shock, por la diabetes, sabe, pero cuando se estabilizó empezó lo peor.

BAUNESS: ¡Listo, Maure, listo! Ya apagué la linterna.

LARRAUDI: Aunque buscamos la mano del paciente por toda la casa, no logramos encontrarla. Lo interrogué. Pero no quiere hablar. Nadie sabe qué hizo con su mano. Pero no es eso lo más grave, sino

esa especie de intolerancia a la luz. Aunque le parezca extraño, fue el mismo paciente el que me pidió que lo trasladara a la salita del subsuelo, donde están las calderas. Ese es el único lugar completamente oscuro de la institución, impune a la luz.

LA LUZ SE EXTINGUE SOBRE LARRAUDI.

BAUNESS: ¡Ya pasó! ¡Ya pasó! Relájese. *PAUSA. SILENCIO.* Cállese, hombre.

MAURE: ¡Ahora lo soy!

BAUNESS: ...

MAURE: ¡Ahora lo soy! Ese hijo de puta tenía razón. El me desafió, y como yo quise demostrarle que era un hombre... ¡Por eso lo miré a los ojos...!

BAUNESS: ¡Tranquilo!

MAURE: Ya pasa. Ya se va. Ya se va. ¡Ah!

Pausa. Silencio.

BAUNESS: ¿Cómo se siente?

MAURE: Mejor. Creo que le mojé el pañuelo.

BAUNESS: No tiene importancia.

MAURE: Ahora usa otro perfume, mayor.

BAUNESS: ¿Cómo?

MAURE: En su pañuelo. Usted usaba otro perfume en el 77. Me acuerdo.

BAUNESS: ...

MAURE: Escúcheme, doctor Bauness, tengo que pedirle un favor.

BAUNESS: Lo escucho.

MAURE: Confío en su inteligencia; usted no es un inepto como Larraudi, por eso lo hice venir... Prométame que no va a pensar que soy loco.

BAUNESS: No tengo nada que prometerle.

MAURE: ¡No! ¡Prométame!

BAUNESS: Creo que usted está un poco alterado por el shock emocional, eso es todo...

MAURE: ¡Prométame, Bauness!

BAUNESS: Está bien... Se lo prometo.

MAURE: Escuche. Primero le voy a decir lo que quiero que usted haga, y después le voy a decir por qué. ¿De acuerdo?

BAUNESS: Diga.

MAURE: Escuche, Bauness. Usted tiene que operarme. Cuanto antes mejor. ¡Hoy mismo si es posible!

BAUNESS: ¿Operarlo?

MAURE: Sí.

BAUNESS: ¿De qué?

MAURE: De la mano derecha.

BAUNESS: No le entiendo.

MAURE: Se ha desplazado. Antes estaba en la mano izquierda, pero ahora está en la derecha.

BAUNESS: No le entiendo. ¿Qué es lo que se ha desplazado?

MAURE: El dolor.

BAUNESS: ¿Le duele la mano?

MAURE: Sí.

BAUNESS: Déjeme verla.

MAURE: ¡No!

BAUNESS: Necesito revisarle la mano, para...

MAURE: No me entiende. No es un dolor físico... Es una voz, ¿comprende? Tiene que amputarla. ¡Ya mismo, doctor!

BAUNESS: ¡Qué dice!

MAURE: Es la voz de ese hijo de puta...

BAUNESS: ¿Quién?

MAURE: Usted sabe, Bauness.

BAUNESS: No le entiendo.

MAURE: ¿Usted recuerda lo que pasó el 17 de julio del 77?

BAUNESS: ...

MAURE: Vamos, no se haga el olvidadizo. ¿Recuerda?

BAUNESS: *FRÍO.* No.

MAURE: No me mienta, Bauness. Para usted era una fecha muy especial.

BAUNESS: ...

MAURE: ¿Recuerda?

BAUNESS: Nada en particular.

MAURE: ¡No! ¡Usted no puede hacerme eso! ¡Tiene que recordar!

BAUNESS: Ha pasado mucho tiempo, Maure.

MAURE: Entonces le voy a refrescar la memoria, porque yo sí, yo sí me acuerdo de esa noche. Me acuerdo de cada uno de los detalles de esa noche.

BAUNESS: ...

MAURE: El hijo de puta ése me la ha hecho recordar, segundo a segundo, cada día y cada noche.

BAUNESS: ¡No sé de qué habla, Maure!

MAURE: ¿Se da cuenta? ¿Ve? Usted quiere hacerse el olvidadizo. Como Larraudi. Piensa que estoy loco, ¿no?

BAUNESS: ...

MAURE: Sí, piensa que estoy loco. Para ustedes sería más fácil... ¡Pero no estoy loco, mayor Bauness!

BAUNESS: Ya le pedí que me diga doctor. Pausa. Silencio.

MAURE: Daniel, tenés que creerme. ¡No estoy loco, no, no! Es la

voz del hijo de puta ése, del escritor, ¿te acordás?

BAUNESS: No sé de qué me habla.

MAURE: Del 17 de julio del 77, a las tres horas treinta y cuatro minutos de la madrugada. ¿No te dice nada esa fecha y esa hora?

BAUNESS: Nada.

MAURE: Fue en este mismo lugar. ¿No te acordás?

BAUNESS: Hubieron muchos casos y no recuerdo uno por uno.

MAURE: Pero éste fue el 17 de julio, era el día de tu cumpleaños, Daniel.

BAUNESS: ¡Dejate de joder con eso, Maure! ¡Dejá a los muertos en paz!

MAURE: Si yo los deajo, los deajo. Son ellos los que no me dejan en paz a mí.

5.

LA NOCHE DEL 17 DE JULIO DE 1977 (CONTRAPUNTO)

Continuidad de la escena tras una breve pausa.

MAURE: Recuerde, Bauness.

BAUNESS: ...

MAURE: Recuerde. 17 de julio del 77. Usted cumplió cuarenta y un años esa noche. ¿Recuerda?

BAUNESS: ...

MAURE: ¿No puede?

BAUNESS: ...

MAURE: ¿O está fingiendo no recordar?

BAUNESS: He borrado todo, Maure. Ésa fue la orden que recibimos.
¿Ya la olvidó?

MAURE: Claro que no.

BAUNESS: ¿Y por qué no la cumple?

MAURE: ¡Yo soy un soldado, Bauness! ¡Y un soldado siempre obedece las órdenes de sus superiores!

BAUNESS: ¿Por qué insiste, entonces? Lo pasado, pisado.

MAURE: Yo obedecí durante nueve años esa orden al pie de la letra...

BAUNESS: A lo hecho, pecho, Maure.

MAURE: Hubo una falla...

BAUNESS: ¿Falla?

MAURE: ¡Fallé! ¡Fallé! Y ya no pude seguir olvidando...

BAUNESS: ¿Por qué?

MAURE: Se me murió la Chiquita.

BAUNESS: No sabía...

MAURE: Empecé a recordar un año después de su muerte, cuando la Gringa me dejó. Desde esa noche ya no pude olvidar...

BAUNESS: Lo siento, Maure, no sabía.

MAURE: Usted no sabe...

BAUNESS: ...

MAURE: No, no sabe. Si hay un infierno, Bauness, ese infierno es la memoria.

BAUNESS: ¿Qué le pasó a su hija?

MAURE: No. Eso ya vendrá... Primero usted tiene que recordar aquella noche.

BAUNESS: ...

MAURE: Está todo enlazado, ¿no se da cuenta?

BAUNESS: ...

MAURE: Le voy a refrescar la memoria.

BAUNESS: Mejor dejemos eso, coronel.

MAURE: ¡No!

BAUNESS: Quiero revisarle la otra mano.

MAURE: ¡No! ¡Ahora usted me va a escuchar! ¡Es la única posibilidad que tengo! El único que me puede ayudar es usted, y la única ayuda que me puede dar es escucharme. ¡La única!

BAUNESS: Hable.

MAURE: Llevábamos veintidós horas de servicio aquí, en La Caldera... y cuando faltaba muy poco para el relevo, llegó la orden de deseárselo el feliz cumpleaños a uno de los internados. ¿Se acuerda?

BAUNESS: ...

MAURE: Sí, Bauness. Recuerde. Recuerde. Dio la puta casualidad de que en ese momento el coronel Caudáneo se había retirado, y por lo tanto usted estaba al mando. ¿Recuerda?

BAUNESS: ...

MAURE: ¿Recuerda lo que exigía el código de procedimientos, cuando llegaba una orden de feliz cumpleaños?

BAUNESS: ¡Cállese!

MAURE: Lo tengo grabado. Aquí. Escuche: a) que la orden debía ejecutarse de inmediato, b) que, sin excepción, el ejecutor debía ser el oficial de máxima jerarquía entre los presentes, prohibiendo expresamente delegar la ejecución, c) que el resto del personal (y los otros internados, si los hubiere), debería desalojar La Caldera, dejando solo al ejecutor con el internado, d) que el ejecutor debía mantener su rostro tapado, siguiendo la misma norma que en los procedimientos ordinarios, e) que la modalidad en que sería ejecutada la orden quedaba a elección personal del oficial a cargo, f) que ninguna de estas normas podía ser alteradas, sin autorización de la superioridad, y g) que aquel subordinado que desobedeciera alguna de estas normas sería juzgado sumariamente, bajo código de guerra, y sancionado con la máxima severidad.

BAUNESS: ¡Basta!

MAURE: ¿Recuerda estas normas, Bauness?

BAUNESS: ...

MAURE: ¿Recuerda que en el momento de los hechos usted era el oficial de mayor jerarquía de los presentes?

BAUNESS: ...

MAURE: Sí, Bauness, a usted le tocaba ser el ejecutor, pero en lugar de actuar como un soldado, se cagó.

BAUNESS: ...

MAURE: ¡Usted se cagó y violó las normas! ¡Recuerdo cada detalle! Escuche.

BAUNESS: ¡Cállese!

MAURE: No. No me callo. Ya no puedo hacerme el olvidadizo. Y usted tampoco.

BAUNESS: ¿Qué es lo que quiere de mí? ¡Dígamelo!

MAURE: Que se haga cargo de él.

BAUNESS: No entiendo.

MAURE: ¿No se da cuenta? ¡Me persigue a mí porque yo lo ejecuté por usted, pero este muerto es suyo, Bauness! ¡Suyo!

BAUNESS: Usted está loco.

MAURE: ¡Ya sabía! ¡Ya sabía! ¡Me cree loco! Igual que Larraudi, usted cree que estoy loco.

BAUNESS: Maure, escúcheme usted ahora.

MAURE: ¡No estoy loco, Daniel! ¡Este muerto es tuyo y quiero devolvértelo! ¡Es tuyo! ¡No es justo que me persiga a mí!

BAUNESS: ¡Callate, mierda!

Maure gime como un niño. Pausa.

MAURE: ¡No es justo! ¡No! Vos tenías que matarlo; yo te hice el favor porque era tu cumpleaños.

BAUNESS: *CONTENIÉNDOSE.* Dejemos eso.

MAURE: ¡Te cagaste! Vos me dijiste que no querías matar el día de tu cumpleaños. ¿Te acordás?

BAUNESS: ¡No!

MAURE: ¡Decile! ¡Decile que la orden era para vos! ¡Decile que legalmente vos tenías que ser el ejecutor! ¡Decile!

BAUNESS: ¿A quién mierda querés que le diga, Maure?

MAURE: ¡A él ! ¿No lo escuchás?

BAUNESS: ...

MAURE: Si te quedás callado, vas a oirlo. Te lo aseguro. ¡Sh!

BAUNESS: ... MAURE: ... BAUNESS: ...

MAURE: ¿Escuchaste?

BAUNESS: No.

MAURE: Acercá tu oído a mi mano derecha.

BAUNESS: ¡No, Maure, no!

MAURE: El está ahí.

BAUNESS: ¡No! ¡Los muertos están muertos y no regresan!

MAURE: Te equivocás, Daniel. Te equivocás.

BAUNESS: ¡No tenés nada en la mano derecha, Maure! ¡Nada!

MAURE: ¿Ah, sí? ¿Y en la izquierda tampoco tenía nada?

BAUNESS: Tampoco.

MAURE: ¿Y vos creés que me la corté por diversión?

BAUNESS: No. No creo eso.

MAURE: Creés que estoy loco.

BAUNESS: Estás alterado.

MAURE: No. Acercá tu oído a mi mano derecha y vas a escucharlo.

BAUNESS: ...

MAURE: Me habla todo el tiempo, Bauness. Es horrible. Me obliga a escribir. Si no lo hago, me tortura con un dolor espantoso. Es un dolor... ¿cómo explicarte? No es que me duela... Es peor que el dolor porque no duele. ¿Entendés?

BAUNESS: ...

MAURE: No, no entendés. Vos creés que estoy loco.

BAUNESS: ...

MAURE: ¡No estoy loco! Necesito que me escuches. Voy a contarte todo en orden y vas a ver que es verdad. Lo único que te pido es que me escuches.

BAUNESS: ...

MAURE: ¿Me escuchás?

BAUNESS: Sí.

MAURE: Vos estabas mal. No querías hacerlo y me pediste que contraviniera el código de procedimientos. Me pediste que yo lo ejecutara. Me dijiste que vos ibas a firmar el parte, pero que esa noche era tu cumpleaños y que por eso no querías ser vos el que lo hiciera... ¿Te acordás?

BAUNESS: ...

MAURE: Yo entré a La Caldera y lo vi. Era el escritor. No habíamos conseguido nada de él. Nada importante. El tipo estaba lo bastante lúcido como para darse cuenta de lo que iba a ocurrir. Algunos de ellos se daban cuenta, no sé cómo pero se daban cuenta. ¿Te acordás? Una especie de sexto sentido, supongo. Se daban cuenta. Y ese tipo, el escritor, se dio cuenta y me desafió. Y por culpa de ese desafío transgredí por segunda vez el código. Me dijo: Yo sé que usted va a matarme. ¿Puedo pedirle que se quite la capucha para hacerlo? Eso dijo. No es de hombre matar sin mirar de frente. Ustedes no son hombres.

BAUNESS: ¡Basta, Maure!

MAURE: Le ofrecí un cigarrillo y lo rechazó. Me pedía eso, no un cigarrillo. Y yo pensé: Si de todos modos no va a poder contarle a nadie cómo es mi cara. A nadie. Y me quité la capucha, y lo miré a los ojos. No sé si fue mi impresión, pero me pareció que sonreía. El había triunfado, Bauness.

BAUNESS: ¡Cállese! ¡Basta!

MAURE: No.

BAUNESS: ¡No quiero escuchar!

MAURE: La ejecución fue rápida! Usted firmó el parte y nos releva-
ron. ¿Recuerda?

BAUNESS: ¡Sí, recuerdo! ¿Y qué? ¿Que hay con ese cuento?

MAURE: Que este muerto es tuyo, Danielito. Eso hay.

BAUNESS: Nadie es dueño de los muertos. Nadie, Maure.

MAURE: Se vuelve a equivocar. Qué orgullo que tiene. Ustedes, los
médicos, son más soberbios que nosotros, los militares.

BAUNESS: ¡Yo no creo en fantasmas ni en almas en pena ni en nin-
guna idiotez de ésas!

MAURE: No le estoy hablando de eso. ¡No! Le estoy hablando de un
muerto real. De carne y hueso.

BAUNESS: Mejor es que se calle y descanse, Maure. Esta charla no
le va a hacer nada bien.

MAURE: Usted no se da cuenta porque no lo vio. No. Usted se lavó
las manos. En cambio yo lo sigo viendo. Aquí. Está aquí mismo como
estaba entonces. Desnudo, quieto, tendido sobre la mesa, con la piel
tan blanca. Ciego, alumbrado por esa luz de quirófano él, desnudo, en
este sitio, donde está mi cama ahora, entonces, en el 77, desnudo es-
taba, aquí, sobre la mesa donde trabajábamos los cuerpos, y me miró
y me dijo, cuando le ofrecí el cigarrillo: No fumo, dijo, quiero otra
cosa. A un condenado, dijo él desnudo sobre la mesa, no se le niega
un último deseo... Deseo ver su rostro, me dijo él, y la luz caía como
un chorro de cal viva sobre esa piel tan blanca.

BAUNESS: ¡Cállese, Maure!

MAURE: Lo habíamos estado trabajando toda la noche, para no sa-
car nada. En vano. No había información en ese cuerpo. Tiempo per-

dido fue aquello. El no sabía nada, pero dijo: Un cigarillo no. No fumo; quiero que me mire a los ojos, como un hombre. Era una trampa y yo debí saberlo, pero me tocó en un lugar. El dijo: Ustedes no son hombres, ustedes no hacen lo que hacen con la cara desnuda.

BAUNESS: ¡Basta!

MAURE: Desnudo estaba él en la mesa, aquí, quieto bajo esa luz de cal, presente y vivo todavía: Quítese, dijo, si es usted un hombre, la capucha y muéstrame la cara; y yo pensé, total, pronto vas a estar del otro lado, muerto. ¿A quién puede preocuparle que un muerto le mire la cara? A nadie vas a poder decirle nada, de nada te va a servir mirar mi cara, el color de mis ojos, el espesor de mis bigotes, las canas que cubren mis sienes. ¿De qué pueden servirle esos datos a un muerto, Bauness?

BAUNESS: ¡Por favor, basta!

MAURE: Pero él volvió a decir: Muéstrame la cara, es un último deseo, el de un condenado, no se niega eso; si usted tiene honor, si es hombre, no puede negarse a darme este último aliento, no puede, dijo él. Desnudo estaba sobre la mesa de metal, cegado en el cuerpo por esa luz de cal que le caía a chorros; y yo lo hice, caí en su trampa. Porque el código decía que no había que quitarse la capucha para ejecutar, y aunque no estaba prohibido, no se debía mirar los ojos del enemigo. Porque él entró en mis ojos, en ese momento, no sé cómo lo hizo pero entró, ¿entiende?

BAUNESS: ¡Usted está loco!

MAURE: Y luego dijo gracias, y yo actué rápidamente, como tantas otras veces, antes y después. Lo hice yo porque vos me lo habías perdido, porque era tu cumpleaños esa noche, ¿te acordás? Y qué coincidencia, esa noche nos cayó la orden de desearle feliz cumpleaños al paciente, ¿te acordás? Y yo lo hice. Y yo creí que todo había concluido en eso. Lo inyectaba, esperaba, y todo terminado.
¡Pero no! ¡No! ¡Los movimientos del destino son inexorables, los

cumpleaños son inexorables, los momentos pasan pero las fechas se repiten, todo se va pero todo vuelve, y nadie puede asesinar a los fantasmas!

BAUNESS: Usted siente culpa, eso es todo.

MAURE: ¡No, no siento culpa, carajo! El está adentro. Entró aquella noche. Por mis ojos. Usted puede creer que yo estoy loco, pero yo no estoy loco. Es todo real. Cuando alguien que está por morir lo mira a uno, puede meter su... espíritu... su alma... algo, no sé qué, a través de los ojos. ¿Por qué, si no, a los fusilados se les vendan los ojos, eh? ¿Por qué? Es para que su alma no se meta en los ojos de quien los ajusticia.

BAUNESS: Yo soy médico, coronel Maure, y no creo en el alma, ni en los fantasmas, ni en...

MAURE: ¿No cree?

BAUNESS: No.

MAURE: Yo tampoco. Le estoy hablando de otra cosa....

BAUNESS: ¿Siente culpa?

MAURE: No.

BAUNESS: ¿Está arrepentido?

MAURE: ¡De ninguna manera! Volvería a hacer todo lo que hice. Fueron órdenes claras y justas, y yo las ejecuté con eficacia. No es eso.

BAUNESS: No lo entiendo.

MAURE: ¡Es él, es ese tipo! ¡Lo tengo adentro!

BAUNESS: Su mente está cansada, coronel.

MAURE: No, en la mente no, en la mano. Antes lo tenía en la izquierda, pero me la corté y ahora se trasladó a la derecha. Me obliga a escribir. Me atormenta. Me obligó a terminar una novela que él había dejado inconclusa cuando lo detuvimos. ¡Una mierda...! Yo no quería, y sin embargo tuve que hacerlo. ¡Me ataba la mano izquierda, Bauness, para no hacerlo! ¡Me la ataba a un barral de hierro, en mi casa, se lo juro! ¿Y sabe lo que él hacía?

BAUNESS: Es mejor que descanse, coronel.

MAURE: Me atormentaba... me obligaba a ver esas imágenes... me obligaba a escuchar sus palabras... Por eso me corté la mano. Creí que él estaba ahí... Yo siempre dije que muerto el perro se acabó la rabia, Bauness...

BAUNESS: Voy a darle un calmante, coronel.

MAURE: ¡No! ¡No, lo haga! Eso no sirve de nada, apenas pasa el efecto él vuelve. Hay una sola solución.

BAUNESS: ¿Cuál?

MAURE: No se lo puedo decir todavía... le pido que escuche toda mi historia, después le voy a decir cómo puede ayudarme... ¿Está de acuerdo?

BAUNESS: PAUSA. Lo escucho.

MAURE: Ya le dije que la Gringa, mi mujer, me dejó un año después de que murió la Chiquita... Se fue a pasar unos días a casa de su madre, estaba muy mal, pobrecita... no quiso volver. Compréndame, Bauness, me puse como loco. ¿Ya le conté que yo había estado construyendo una pajarera para la Chiquita cuando murió?

BAUNESS: No.

MAURE: Una pajarera enorme... para el jardín... Era una sorpresa... Yo siempre le leía un cuento donde había un palacio encantado con una pajarera enorme... La Chiquita abría así los ojos cuando yo le describía esa pajarera... y muchas veces me había dicho que quería una... así que... me puse a construirla, de madera, en mi tallercito... Pero después la Chiquita murió, y ahí quedaron las maderas, medidas y cortadas, a medio hacer... Carecía de sentido... lo sé... carecía de sentido seguir construyendo la pajarera, una vez muerta la Chiquita, pero... cuando se fue la Gringa... ¿entiende? Me puse como loco... ya me habían retirado, a la fuerza... Me nombraron coronel y me dieron de baja, ¿entiende? Inaptitud psíquica, decía el informe. Y el general... El general me dijo que aprovechara para viajar y disfrutar del descanso, pero... yo... no quería... No me gusta viajar. No tenía nada que hacer... ¿entiende? Así que me puse a cortar las maderas que faltaban, y a trabajar en la pajarera... Iba a ser hermosa... redonda, de un diámetro de dos metros, por cuatro de alto... Iba a tener la forma de un palacio oriental... ¿me entiende?

BAUNESS: Sí, coronel, pero me parece que...

MAURE: Espere... Déjeme terminar. Durante un mes y medio trabajé desde la mañana hasta la noche en la pajarera... Hubieron días, le juro, que estaba tan concentrado en el trabajo, que hasta me olvidaba de todo y me ponía a silbar, ¿me entiende? Pero, entonces, cuando ya estaba por terminarla, ya la tenía armada, en el jardín trasero de mi casa de Temperley, me faltaba detalles nada más, entonces... vino el sueño...

BAUNESS: ¿Un sueño?

MAURE: Sí. Una pesadilla... Algo horrible, mire...

BAUNESS: Escúcheme un instante, coronel...

MAURE: Déjeme terminar.

BAUNESS: Se lo digo como médico: no le hace nada bien evocar estas cosas. Déjeme darle un calmante. Yo sé que podemos ayudarlo, lo vamos a sacar... Tengo un colega que puede hacer mucho por usted...

MAURE: ¡Cállese, Bauness! ¡Déjeme seguir! ¡Yo no estoy enfermo!

BAUNESS: No grite. Estoy tratando de ayudarlo.

MAURE: ¡La única ayuda que pido de usted es que me escuche...!

BAUNESS: Está bien... Siga...

MAURE: Yo casi nunca sueño.... O no me acuerdo, no sé... pero esa noche soñé algo horrible... y lo recordé en cada uno de sus detalles. ¿Entiende? El olor, los colores, las texturas, todo... como si hubiera sido algo real, Bauness...

BAUNESS: Muchas veces, cuando uno se altera, sucede que...

MAURE: ¡Cállese! Quiero que escuche mi pesadilla. Yo me encontraba primero en el jardín mirando la pajarera terminada. Había quedado hermosa. La puerta estaba abierta, Bauness, y yo tenía la certeza de que debía entrar. Entro, y de golpe, empieza a correr una brisa que cierra la puerta. Quedo encerrado y la puerta no se puede abrir. Desesperado, intento forzarla pero no lo consigo, hasta que descubro que hay otra puerta, una puerta que no existe en la pajarera real, en el extremo opuesto, y esa puerta, en la pesadilla, está abierta. Entonces, doy un paso y salgo, Bauness, ¿Y sabe lo que veo al otro lado? ¿Sabe?

BAUNESS: No.

MAURE: Un páramo. Un gran páramo, una especie de pampa estéril cortada al medio por una enorme pared. ¿Sabe cómo era, Bauness? ¿Sabe?

BAUNESS: No.

MAURE: ¡Enorme! Una pared tan enorme y tan alta que el borde se perdía en el cielo, entre las nubes. Y yo caminaba siguiéndola. ¿Sabe por qué caminaba? ¿Sabe por qué? Porque alguien me estaba llamando. Una voz familiar pronunciaba mi nombre.

BAUNESS: Esto le hace daño, coronel.

MAURE: ¡Cállese! ¡Déjeme seguir! Una vocecita infantil me llamaba: ¡Juuulio! ¡Juuulio! Y yo corría desesperado a la orilla del paredón, hasta que llegaba a un sitio donde veía a mi mujer, la Gringa, metida en una ciénaga. Tenía hundido el cuerpo hasta la cintura en una especie de arena movediza... y sus brazos, Bauness, sus brazos se proyectaban tensos hacia donde estaba la nena, la Chiquita. Yo me daba cuenta de que la Gringa había querido ayudar a su hija, pero había caído en las arenas movedizas. La Chiquita, en cambio, estaba parada junto a una puerta de madera... ¡Era ella la que me llamaba! ¿Sabe por qué?

BAUNESS: No, pero...

MAURE: Porque no alcanzaba el picaporte. Por más que diera saltos no lo alcanzaba, estaba muy alto para ella. Y entonces yo me acercaba le daba un beso, le limpiaba las lagrimitas de la cara, y le preguntaba qué quería. Ella me decía que le abriera la puerta, y yo lo hacía, y entonces....

Silencio. Pausa.

MAURE: De adentro, ¿sabe quién sale de adentro? ¿Sabe?

BAUNESS: ¡Basta, coronel!

MAURE: ¡No! ¡Déjeme seguir! ¡El! ¡Sale él! El escritor! ¿Sabe qué aspecto tenía? Bondadoso. Llevaba una especie de luz bondadosa en la cara... y él la abraza a la Chiquita, y ella lo besa con cariño, Bau-

ness. Y entonces yo gritaba: ¡Noooo!

BAUNESS: ¡Basta, coronel! Voy a darle un calmante.

MAURE: Calmante no. No puedo. Soy alérgico. ¡No! ¡No lo haga!
¡Me calmo, me calmo, Bauness! No lo haga. Déjeme terminar, antes.

PAUSA

BAUNESS: Esto le hace daño, coronel.

MAURE: Más daño me hace guardármelo. Por favor, escuche. Es lo único que le pido, Bauness. Yo quería gritarle a ese hijo de puta que dejara a mi hijita pero no me salía la voz. En vez de eso, el tipo, el escritor, me dice con amabilidad: ¿Cómo le va, Maure? Le dije que íbamos a vernos otra vez. Y entonces le dice a la Chiquita: Despedite de tu papá. Pero la nena se niega, no quiere, y entonces él la deja en el suelo, para que entre por la puerta, y ella se pierde, la Chiquita se pierde en una penumbra. Después, el tipo cierra la puerta y me dice: Ella va a estar bien, no se preocupe. Yo me quedo con usted, coronel, me dijo. ¿Se da cuenta?

BAUNESS: ¿De qué tengo que darme cuenta?

MAURE: El quiere la parte del león, Bauness. Hágase cargo. Usted era el verdugo esa noche; yo sólo fui su delegado.

BAUNESS: ¡Verdugo! Está usando el lenguaje de nuestros enemigos, Maure.

MAURE: ¡Hágase cargo! Usted es la parte del león. No puede quedar impune, Bauness. El quiere justicia, y yo también. ¡Tómelo!

BAUNESS: Usted está loco, coronel.

MAURE: No. Solo tiene que mirarme a los ojos, Bauness. El pasará de mí a usted. ¡Hágalo!

BAUNESS: No voy a entrar en su juego de loco. ¡Voy a inyectarlo ya mismo!

MAURE: ¡No lo haga! Soy alérgico.

BAUNESS: Sí, voy a hacerlo.

MAURE: ¡No lo haga! Usted tiene que escuchar toda mi historia primero. Toda mi historia.

BAUNESS: No quiero escuchar su historia...

MAURE: No depende de sus deseos. ¿No se da cuenta de que esta historia es su historia no la mía?

BAUNESS: Escúcheme, Maure, usted está enfermo. Tiene una patología neurológica severa. Escucha voces, ve visiones, eso se llama psicosis...

MAURE: ¡No! Escúcheme usted a mí.

BAUNESS: No. Voy a ponerle este calmante, una dosis pequeña que no va a hacerle daño, y luego vamos a buscar un buen psiquiatra para curarlo. Créame, coronel, usted puede salir del pozo, puede curarse, rehacer su vida.

MAURE: Yo ya no tengo vida. No me interesa mi vida. Lo único que quiero es justicia.

BAUNESS: ¿Justicia?

MAURE: Sí, justicia.

BAUNESS: ¿Qué eso, Maure? Usted usa las consignas de los subversivos.

MAURE: ¡No! ¡Escuche!

BAUNESS: Usted es un blando, Maure. ¿Se ha vuelto civil?

MAURE: ¡No! ¡Soy el coronel Julio Maure, del arma de infantería, soldado de la patria!

BAUNESS: ¿Está arrepentido?

MAURE: ¡De nada! Ya se lo dije.

BAUNESS: ¿Por qué habla de justicia, entonces?

MAURE: Es lo único que hace cesar el tormento.

BAUNESS: ¿Qué?

MAURE: El dolor, Daniel. El dolor.

BAUNESS: ¿Qué le duele?

MAURE: No se puede explicar. No es en el cuerpo, ¿me entiende? Déjeme hablar. Escuche todo lo que tengo que decirle, es lo único que le pido.

BAUNESS: Voy a inyectarlo, Maure.

MAURE: ¡No! ¡No! ¡Si me ponés calmantes me duele más! ¡No lo hagás!

BAUNESS: Es una dosis muy pequeña, no va a traer reacción.

MAURE: ¡No te das cuenta! *EN SECRETO, CONFIDENCIAL*. El no me permite usar calmantes. Dice que tengo que sufrir el dolor.

BAUNESS: ¡Déjese de joder, quiere!

MAURE: ¡No, Danielito! ¡No me hagás eso! ¡Con el calmante es peor, preguntale a Larraudi! ¡Me salen llagas en la piel! ¡Se me pudre la carne, Daniel! ¡No lo hagas!

BAUNESS: Está bien, Maure. Sin calmante, entonces.

PAUSA.

MAURE: Sí, sí. El no me permite ningún alivio. Por eso te hice venir, lo único que puede calmarme es que me mires a los ojos...

BAUNESS: Me voy.

MAURE: No, no. No te podés ir, Bauness. No podés.

BAUNESS: Claro que puedo. Me voy. *SALE.*

MAURE: ¡No te podés ir, Bauness! ¡No tenés a dónde ir! ¡Ninguno de nosotros puede irse! ¡Nooooo!

EL GRITO SE PROLONGA, COMO EN EL PRÓLOGO, HASTA FUNDIRSE CON EL SONIDO GRAVE DE UN CONTRABAJO.

6.

CONOZCO ESTE LUGAR COMO LA PALMA DE MI MANO

Bauness camina por el pasillo hasta el agujero donde está la silla. Desde arriba, la voz del Auxiliar le dice.

AUXILIAR: Si quiere subir a hablar con el coronel, debe ponerse las vendas, mayor.

BAUNESS: No quiero hablar con el coronel. Me voy.

AUXILIAR: No puede retirarse, mayor.

BAUNESS: DESAFIANTE. ¿Ah, sí?

AUXILIAR: Orden del coronel Larraudi, señor. Dijo que usted debe pasar a verlo a la Sala de Control.

BAUNESS: Diga al coronel Larraudi que se me ha hecho muy tarde. Tengo a mi esposa enferma. Mañana sin falta, a primera hora, voy a comunicarme con él por teléfono.

AUXILIAR: Disculpe, mayor, pero tengo órdenes de no dejarlo salir.

PAUSA.

BAUNESS: Esta bien. Lléveme con Larraudi.

AUXILIAR: Debe vendarse, señor.

BAUNESS: ¡Esto es ridículo!

AUXILIAR: Son mis órdenes, mayor.

BAUNESS: ¿Usted sabe quién soy yo?

AUXILIAR: ¡Sí, señor!

BAUNESS: *INDIGNADO.* Cuando usted todavía no se sabía limpiar los mocos yo cumplía órdenes todos los días en este lugar. Conozco La Caldera como la palma de mi mano, ¿me entiende? ¿Por qué tengo que ir con los ojos vendados?

AUXILIAR: No lo sé, señor. Son mis órdenes.

BAUNESS: *SILENCIO. PAUSA. SE VENDA LOS OJOS Y SE SIENTA EN LA SILLA.* Proceda, teniente.

AUXILIAR: A la orden, señor. *MUEVE LA ROLDANA PARA QUE LA SILLA ASCIENDA.*

7.

CUERPOS FOSFORESCENTES EN LA OSCURIDAD

Sala de Control. Larraudi está sentado ante un panel que comanda cuatro monitores que muestran La Caldera desde distintos ángulos. Lo más impactante es que Maure aparece en las pantallas como un cuerpo fosforescente que brilla en la oscuridad. El Auxiliar le quita la venda a Bauness.

LARRAUDI: *AL AUXILIAR.* Puede retirarse, teniente. *EL AUXILIAR HACE UNA VENIA, TACONEA SUS BOTAS Y SALE DE LA SALA DE CONTROL.* Siéntese, mayor Bauness. *PAUSA.* ¿Qué le parece? *LARRAUDI SEÑALA LOS MONITORES.* Un invento de los británicos. Ellos, lógicamente, no nos querían vender directamente a nosotros, pero lo conseguimos a través de unos revendedores de Zurich.

BAUNESS: ¿Por qué se ve el cuerpo así?

LARRAUDI: Rayos infrarrojos. Lo que se ve en la oscuridad es el calor de los cuerpos vivos. Por eso se ve así, fantasmal.

BAUNESS: Usted vio y escuchó todo.

LARRAUDI: Todo.

BAUNESS: Ah.

LARRAUDI: ¿Qué piensa, mayor Bauness?

PAUSA.

BAUNESS: Psicosis. Debería tratarlo un psiquiatra.

LARRAUDI: Tal vez.

BAUNESS: Yo no puedo hacer nada, coronel Larraudi. No quiero involucrarme...

LARRAUDI: Usted ya está involucrado.

BAUNESS: No.

LARRAUDI: Además, si alguien puede hacer algo por el pobre Maure, ése es usted.

BAUNESS: No comparto su opinión.

LARRAUDI: Eso no es relevante.

BAUNESS: ¿Cómo dice?

LARRAUDI: Que su opinión personal en esta misión no es relevante, mayor Bauness.

BAUNESS: ¿Misión? ¿De qué está hablando?

LARRAUDI: El caso Maure preocupa a la superioridad. Se me han dado órdenes estrictas.

BAUNESS: No le entiendo. ¿Yo qué tengo que ver?

LARRAUDI: No se haga el ingenuo. El estado mayor conoce sus transgresiones al código de procedimientos. Y las conoce desde hace mucho, pero nunca hubo necesidad de sancionarlo, ni de hacer nada. Usted pidió su baja, y el comando se la dio. Usted se mantuvo callado, y el comando no necesitó actuar hasta ahora, pero...

BAUNESS: ¿Qué?

LARRAUDI: Maure inquieta a nuestros superiores, ¿me entiende? Por ahora hemos logrado mantener en secreto el caso, ¿pero imagínese si la información se filtra? ¿Qué pasaría si un periodista se enterara?

BAUNESS: No le entiendo, doctor. Maure es un enfermo. Hay que tratarlo como tal.

LARRAUDI: Eso piensa usted como médico. Y yo también. No crea que me gustan las órdenes que he recibido. A mí tampoco me pidieron opinión... *PAUSA*. Yo no apruebo estas órdenes, mayor, pero las obedezco.

BAUNESS: ¿Cuáles son las órdenes, coronel?

LARRAUDI: *GROSERO*. No pregunte obviedades, quiere.

BAUNESS: Yo no tengo nada que ver con esto. ¿Por qué me involucra?

LARRAUDI: Las órdenes son precisas, tienen nombre y apellido. Su nombre y su apellido.

BAUNESS: Esto es una locura.

LARRAUDI: ¿Usted cree que yo quiero hacer esto? ¡No! Pero soy militar, antes que médico. Y usted también, Bauness.

BAUNESS: Yo me retiré hace mucho. Cambié de especialidad.

LARRAUDI: Ya lo sabemos. Ahora es pediatra. *PAUSA*. ¿Usted cree que puede lavar sus culpas curando niños, mayor?

BAUNESS: No voy a contestar esa pregunta. *SE INCORPORA*. Me retiro.

LARRAUDI: ¡Siéntese! Usted no está en condiciones de retirarse. Le recuerdo que soy su superior.

BAUNESS: ¡Estoy retirado, coronel!

LARRAUDI: ¡Conteste mi pregunta!

PAUSA TENSA.

BAUNESS: El pasado es inmodificable. Las culpas no se pueden lavar. Lo única acción posible es no seguir haciendo daño. Eso es todo.

PAUSA.

LARRAUDI: Mire, en esta carpeta hay un informe completo sobre usted... Sabemos todo, a qué colegios van sus niños, con quién juega al poker los jueves por la noche, y hasta cuál es el perfume preferido de su esposa. Todo.

BAUNESS: ¿Me vigilan?

LARRAUDI: No sólo a usted. A todos. Rutina. Aquí hubo un pacto de caballeros, ¿recuerda?, y hay que cumplirlo hasta el final. Nadie puede retirarse, ¿me entiende?

BAUNESS: Yo no quiero tratar a Maure. No tengo competencia. Si quiere, puedo recomendar un psiquiatra muy bueno...

LARRAUDI: No se haga el que no entiende.

BAUNESS: ¿Qué?

LARRAUDI: Usted sabe que las órdenes de la superioridad no tienen que ver con curar a Maure.

BAUNESS: No le entiendo. ¿Cuáles son las órdenes?

LARRAUDI: Usted entiende, solo que se está haciendo el sordo porque no quiere oír. Pero tampoco está en posición de tener esa actitud.

BAUNESS: ¡Yo ya no estoy bajo sus órdenes, Larraudi!

LARRAUDI: Se equivoca. Lo está. Y va a ejecutar su parte ahora

mismo. Usted su parte y yo la mía.

BAUNESS: No.

LARRAUDI: ¿Por qué? ¿Aún aprecia a Maure?

BAUNESS: No. Pero es un enfermo no un enemigo...

LARRAUDI: Maure no es nuestro enemigo, su memoria lo es. Es el síndrome de la memoria rayada. Cae una y otra vez en el mismo surco, ¿me entiende? Y usted sabe cómo es esto, basta que un solo elemento se corrompa para que toda la tropa se corrompa. La superioridad piensa que hay que extirpar antes de que se declare la epidemia. Se lo digo una vez más, es una tarea que le aliviará la conciencia, ya la hizo muchas veces.

BAUNESS: Las circunstancias son diferentes.

LARRAUDI: Mire, Bauness, para un soldado la única circunstancia válida es obedecer las órdenes. Maure es una amenaza para el Cuerpo.

BAUNESS: ¿Una amenaza? Usted está bromeando. Nosotros somos una amenaza para él. Es un pobre loco, un atormentado. Usted me está proponiendo que actuemos como en la Edad Media. Maure no está embrujado ni nos amenaza. ¡Está loco! Estamos a finales del siglo XX, coronel Larraudi. Usted es médico; no puede defender esa posición.

LARRAUDI: No la defiendo. Opino como usted, pero soy pragmático, tengo mujer, tres hijos y una carrera hecha que estoy dispuesto a terminar con todos los honores.

BAUNESS: Comprendo. Pero le recuerdo, coronel, que usted ya no puede darme órdenes. Yo ya no pertenezco a la fuerza.

LARRAUDI: Está equivocado, mayor. Aunque ponga toda su volun-

tad, usted no puede renegar de lo que es. Y usted es uno de los nuestros, así que ya ve... no tiene opción.

BAUNESS: ¿Pero qué quiere que haga?

LARRAUDI: ¡Déjese de joder, usted ya sabe!

BAUNESS: ¿Por qué yo?

LARRAUDI: Digamos que es una reparación histórica.

BAUNESS: No sé de qué habla...

LARRAUDI: De aquella noche del 77. Usted transgredió un código de procedimientos, y bueno... éste es el momento de reparar la falta.

BAUNESS: Esto es perverso.

LARRAUDI: No. Es justo. Considere esta tarea como un eco del pasado. Usted sabe que las órdenes hay que cumplirlas hasta el fin; si quedan remanentes, vienen los fantasmas.

BAUNESS: ¿Qué gana con esto?

LARRAUDI: ¿Yo? Nada. Pero el Cuerpo clama Justicia.

BAUNESS: ¡No sea inmoral!

LARRAUDI: La forma de cumplir con la Justicia en el Ejército es obedecer las órdenes, mayor. La única moral del soldado es obedecer las órdenes. Pero esto ya está demasiado conversado.

BAUNESS: No lo voy a hacer.

LARRAUDI: Su única salida es cumplir lo que se le manda. Usted, Maure y yo estamos atrapados, porque en el pasado no hicimos las cosas bien. Hay que corregir el error. Los muertos que matamos no

están del todo muertos, y por eso debemos volver a matarlos. ¿Entiende?

BAUNESS: Se trata de Maure. De un coronel del Ejército Argentino.

LARRAUDI: ¡Es un lunático que puede hacerle mucho daño al arma!

BAUNESS: ¡No podemos hacer eso!

LARRAUDI: Por los detalles jurídicos no se preocupe...

BAUNESS: ¡No lo voy a hacer!

LARRAUDI: No sea patético, quiere. ¡Usted no está en condiciones de negarse! ¿Sabe lo que le ocurrirá si desobedece?

BAUNESS: ...

LARRAUDI: Bien. Baje usted primero... *SEÑALA LA PANTALLA*. Mire, mire... Se está moviendo... Mejor así... Vaya, mayor.

BAUNESS: ¿Qué debo hacer?

LARRAUDI: Tome. *LE ENTREGA UN FRASQUITO*. Aquí está la dosis. En La Caldera hay jeringas descartables. Vaya... Yo bajo dentro de unos minutos.

BAUNESS: ¿Usted?

LARRAUDI: La orden indica que la ejecución se haga en mi presencia. Mientras tanto escúchelo; es lo único que él le pide, después de todo.

BAUNESS: No puedo hacerlo.

LARRAUDI: No tiene opción, Bauness.

BAUNESS: ¡Me voy! ¡Me atengo a las consecuencias, pero no lo voy a hacer!

LARRAUDI: Lo hizo muchas veces antes, en el pasado.

BAUNESS: Era distinto. Maure es uno de los nuestros.

LARRAUDI: Ya no.

BAUNESS: Pero está loco...

LARRAUDI: Eso no importa. Vaya. Usted no tiene opción ni yo tampoco. *BAUNESS: SE INCORPORA PARA IRSE.* Llame al auxiliar, coronel.

LARRAUDI: Vaya solo, mayor. Usted ya sabe el camino.

BAUNESS: ¿Sin vendaje?

LARRAUDI: Sin vendaje.

BAUNESS: ¿Y si me escapo?

LARRAUDI: No lo hará.

BAUNESS: *AMBIGUO.* Lo haré, coronel Larraudi. Lo haré.

LARRAUDI: Vaya, mayor.

BAUNESS SALE.

8.

EN TU CARNE ASESINA QUE NO ABSUELVO

Apenas Bauness deja el escritorio de Larraudi hay apagón. Solo se ven los cuatro monitores que muestran el cuerpo de Maure como si fuera un fantasma infrarrojo. Muy pronto, el cuerpo de Bauness entra también en los monitores. Con esa única imagen dirá el siguiente monólogo.

BAUNESS: Apenas he cerrado la puerta detrás de mí, he sabido que Maure está en ese sopor que no es estar dormido ni es estar despierto. Su respiración es pesada, pastosa, grave. La oscuridad se parece ahora a la desnudez y yo no puedo dejar de imaginar que Larraudi está allá, en el décimo piso, mirando los monitores donde mi cuerpo y el de Maure se disuelven en un conjunto de manchas fosforescentes. Nunca hubo luz en La Caldera. Nunca. Ni cuando trabajábamos activamente aquí, y enfocábamos con violentos reflectores los ojos de los reos, no. No era luz eso que había, no. Maure se hunde en las tinieblas sin llegar al sueño, y yo no sé qué hacer con mi cuerpo. La única alternativa es esperar. Esperar qué, me pregunto. ¿Qué?

Entonces, de golpe, un rugido. Es la boca de Maure que grita...

MAURE: ¡No!

BAUNESS: ...y luego, vuelve a caer en el sopor. *ENCIENDE LA LINTERNA E ILUMINA EL CUERPO DE MAURE.*

Esto es lo que queda de él. Un cadáver que aún respira. Cansado, gastado, consumido. Un cadáver que aún se llama Maure, con el brazo izquierdo que acaba abruptamente en un muñón. No es eso lo peor, no. No. Lo peor es ese rostro que el dolor ha marcado. Su carne consumida, casi. Lo peor es esa vigorosa corpulencia, reducida ahora a unos huesos enormes que hinchan con violencia su piel. Apago la linterna y espero. *APAGA LA LINTERNA.*

Maure vuelve a quejarse. *MAURE SE QUEJA.* Luego, muy suavemente,

empieza a gemir. El coronel Maure está sufriendo.

La luz se crecerá lentamente, muy tenue.

MAURE: ¡Noooo!

BAUNESS: ...

MAURE: ¡Basta, basta!

BAUNESS: ¡Cálmese, Maure!

MAURE: ¡Sáquelo de aquí! ¡Sáquelo!

BAUNESS: ¡Cálmese!

MAURE: ¡Dígale que se vaya!

BAUNESS: ¡No hay nadie aquí! Estamos solos, coronel.

MAURE: No, no estamos solos. ¿No lo escucha?

BAUNESS: Cálmese. Es una pesadilla, nada más.

Maure se agita, gime, resopla. Luego, algo cede en él y repentinamente se calma.

MAURE: No era una pesadilla. ¡Era él! Todavía está aquí. Nos vigila. ¡Sabe que usted ha venido, Bauness! ¡Me atormenta!

BAUNESS: ...

MAURE: Ya le dije que no puedo escribir. Ya le dije que la única mano que me queda la tengo atada, pero él insiste.

BAUNESS: Tranquilo. Estamos solos.

MAURE: ¡No! ¡No! Usted no se da cuenta. Acaba de dictarme uno

de sus malditos poemas

BAUNESS: No entiendo.

MAURE: ¡No voy a poder olvidarlo! ¡No voy a poder olvidarlo!
GIME.

BAUNESS: Calma.

MAURE: ¡Si quiere que se calme, ayúdeme!

BAUNESS: ¿Qué puedo hacer?

MAURE: Escriba lo que acaba de dictarme. Es lo único que lo calma.

BAUNESS: ¡De qué habla, Maure!

MAURE: Ya le dije, él me obliga a escribir. Y si no lo hago me castiga.

BAUNESS: ¿Cómo?

MAURE: Me llena la memoria. No me deja olvidar ni una sola de las palabras que me dicta. Si no las escribo, vivo obsesionado. Él me obliga a recordar cada una de sus palabras. ¿Se da cuenta? ¡Es el infierno! Recordar sus palabras borra todo lo demás. Es un tormento. Mi memoria es un fuego, Bauness, un fuego que no quema, ¿entiende? ¡Ese hijo de puta me ha prohibido olvidar!

BAUNESS: ¿Qué quiere que haga?

MAURE: ¡Busque papel y lápiz! ¡Escriba!

BAUNESS: Está bien, pero...

MAURE: ¡Cállese! ¡Escriba! Escriba despacio, en la oscuridad. Eso basta para calmarlo.

BAUNESS: Está bien. Espere.

Bauness saca de su maletín un talonario de recetas y una lapicera a la que no le quita la capucha.

BAUNESS: Lo escucho, Maure.

MAURE: Antes quiero decirle algo.

BAUNESS: ¿Qué?

MAURE: No se asuste por la voz que me va a salir.

BAUNESS: Está bien.

MAURE: Y sobre todo, no lo interrumpa.

BAUNESS: ¿Interrumpir a quién?

MAURE: ¡A él! ¡No lo interrumpa! Recuerde que soy yo el que recibe el castigo.

BAUNESS: Está bien.

El silencio en que caen es ciego y huele mal. Es nauseabundo. Puede palpase. Asquea. De golpe, desde el hedor, una voz quebradiza, lejana y lenta, se manifiesta en la garganta de Maure. Su cuerpo se contorsiona al hablar, como el de un poseso.

MAURE: Siluetas en la noche de mi nombre. Islas quietas palpando un paredón que arde. Dunas disueltas en esta hiel que rememora, el duro plomo de mi muerte ajena. Y en tus recuerdos un papel que cae, hiriéndote en la madre de los sueños. Hojaldre este dolor que en la memoria yace, como una luz de pus quebrando leños. Y en tu garganta con mi voz va mi condena, que con mis nombres rotos te encadena, a mi recuerdo que sigue vivo y suena, en tu carne asesina que no abuelvo. Soy esta furia fría. Soy el volver disuelto. Soy el hombre que

mataste y que no ha muerto.

Sobre el fondo del sonido ronco y violento que sigue saliendo de la garganta de Maure, puede ir - o no- este relato.

BAUNESS: Otra vez el hedor. El silencio. El hueco. El dolor que se esconde en el silencio. El rostro de Maure se ha vuelto sereno. Un largo, agónico, sonido sigue golpeando en su garganta. ¿De qué profundidad sale esa voz? Y de golpe, nada. Hasta que luego, de a poco, nuevamente vuelve su voz, la voz del coronel Maure.

MAURE: Es un mensaje.

BAUNESS: ¿Qué?

MAURE: El poema es para vos, Daniel. Un mensaje.

BAUNESS: No le entiendo, coronel.

MAURE: Sí, sí. El se retira, ya no me castiga.

BAUNESS: Cállese.

MAURE: El dice que tenés que buscar la mano, Daniel.

BAUNESS: ¿Qué?

MAURE: Mi mano. La izquierda. Tenés que buscarla. La enterré.

BAUNESS: CON PENA. ¡Qué dice, Maure!

MAURE: La enterré con los escritos de él. Tenés que desenterrar todo, Danielito. Ahora te toca a vos.

BAUNESS: ¡Qué decís, Maure!

MAURE: SERENO. Yo no digo nada. Él. Él lo dice. ¿No te has dado

cuenta?

BAUNESS: ¿De qué?

MAURE: Está cerrando el círculo.

BAUNESS: No entiendo.

MAURE: Vos sos la presa. Yo sólo soy su carnada.

BAUNESS: *FÓBICO*. ¡Déjese de joder, quiere!

MAURE: Prestá atención. No hay mucho tiempo. En cualquier momento va a venir Larraudi, ¿no es cierto?

BAUNESS: ...

MAURE: Dice que vayas a mi casa. En el jardín está el árbol que plantamos cuando nació la Chiquita. Idea de la Gringa, por supuesto; una costumbre vasca. Cuando nace un niño se planta un árbol que echa una rama nueva cada año. Ahora tiene nueve ramas...

BAUNESS: El coronel Larraudi....

MAURE: ¡Escuchá! No hay tiempo.

BAUNESS: No me tutee, Maure.

MAURE: El te ordena que busqués los escritos que me dictó. Los enterré junto con mi mano.

BAUNESS: Yo no acepto órdenes de los muertos.

MAURE: ¡No! ¡Sh! No digás eso. Nadie puede escapar. Yo no pude. Vos tampoco. Nuestros muertos están aquí, alrededor. ¿No los ves? Son silenciosos, pero no son tímidos; son invisibles, pero no inexistentes.

BAUNESS: No me tutee, Maure.

MAURE: EN TONO INFANTIL. ¿No te das cuenta, Danielito? Te hizo venir para ejecutarte.

BAUNESS: ¿Ejecutarme? ¿A mí? ¿Quién?

MAURE: No te hagás el idiota, sabés bien. ¡Él!

BAUNESS: ¿Él?

MAURE: El quiere ejecutarte, yo soy su instrumento nada más.

BAUNESS: Usted está completamente loco, Maure.

MAURE: *NUEVAMENTE AGRESIVO.* No. Loco, no. ¡Este huesped es tuyo; Bauness! ¡Llévatelo! El quiere ir con vos, ¿entendés? ¡Mirame a los ojos!

BAUNESS: Cuando el coronel Larraudi baje le vamos a hacer un tratamiento especial, Maure.

MAURE: EN TONO INFANTIL. Me aseguró que si vos me abris tus ojos, él va a entrar en tu cuerpo, Danielito.

BAUNESS: No tiene nada que temer, coronel. Es un tratamiento muy eficaz.

MAURE: *EN TONO INFANTIL.* Dice que quiere que conservés la mano.

BAUNESS: La mano.

MAURE: Sí.

BAUNESS: ¿Cómo fue?

MAURE: ¿Qué?

BAUNESS: ¿Cómo se cortó la mano?

MAURE: Con el hacha. De un solo golpe. No tuve dudas.

BAUNESS: ¿Pero, por qué?

MAURE: No tenía opción, Danielito, quería liberarme de él. Me obligaba a escribir. Era un infierno, por eso agarre el hacha...

BAUNESS: El coronel Larraudi va a bajar de un momento a otro. Vamos a inyectarle un medicamento y todo va a ir bien...

MAURE: ¡No!

BAUNESS: Lo importante es que se vuelva a sentir bien.

MAURE: ¡No! Ni vos mismo creés esas mentira, Daniel. Él sabe todo y me lo dice. Sabe mi nombre, el tuyo; supo cómo atraerte, él sabe que vos sos el verdadero responsable de su muerte. ¡Tomalo! ¡Es tuyo, Daniel! ¡Este muerto es tuyo!

BAUNESS: Usted está muy enfermo, Maure.

MAURE: No, no. ¿Tenés idea de lo que es estar obligado a escribir las palabras de un muerto? No hay peor infierno que el de las palabras. ¿Sabés por qué? ¡Duran para siempre! Nosotros los sometíamos a torturas físicas, pero ésas en algún momento se acaban. ¿Me explicó? Las palabras escritas no se acaban nunca.

BAUNESS: Muy enfermo, Maure.

MAURE: La memoria me estaba matando.

BAUNESS: Olvídese de todo.

MAURE: No se puede olvidar de prepo. Nadie puede. Aún los que creen que pueden, como vos, como Larraudi... ¡No pueden! Se engañan; es una ilusión. Todo está ahí, en la memoria, y eso nos está matando.

BAUNESS: Es una pena que...

MAURE: La pena es lo de menos. Lo importante es la justicia.

BAUNESS: ¿Justicia? ¿Quién quiere justicia? ¿Usted o su enemigo?

MAURE: Ya no es mi enemigo. Se ha fundido conmigo, ¿entendés? Me ha educado.

BAUNESS: Eso se llama traición, coronel.

MAURE: No. Yo no puedo ausentarme de mí mismo. Vos tampoco. Ya vas a ver que no hay a donde huir. Está adentro, y uno solamente puede obedecer sus órdenes.

BAUNESS: Usted le ha dado poder. Puede rechazarlo, Maure, puede aniquilarlo. Es sólo una idea fija, una fantasía, una obsesión.

MAURE: Usted no cree eso.

BAUNESS: Por supuesto que sí. Soy médico.

MAURE: Entonces míreme a los ojos.

BAUNESS: ¡Déjese de joder!

MAURE: EN TONO INFANTIL. ¿Te das cuenta, Danielito? Tenés miedo.

BAUNESS: No.

MAURE: EN TONO INFANTIL. ¿Y por qué no me mirás a los ojos,

entonces?

BAUNESS: ¿Qué ganaríamos con eso?

9.

¡FELIZ CUMPLEAÑOS!

Larraudi entra silenciosamente. Bauness no lo ve ni lo escucha. Está a sus espaldas.

LARRAUDI: Déle el gusto, mayor Bauness. ¿Qué se puede perder?

BAUNESS: No lo escuché entrar, coronel.

LARRAUDI: Soy sigiloso. ¿Fuego?

BAUNESS: ¿Cómo?

LARRAUDI: Si tiene un encendedor o fósforos.

BAUNESS: Sí. Aquí tiene.

LARRAUDI: Gracias.

MAURE: ¡Dígale que me mire a los ojos, Larraudi!

LARRAUDI: PATERNAL. Todo a su tiempo, Maure. ¿Cómo se siente?

MAURE: Mejor.

LARRAUDI: Así me gusta.

MAURE: ¿Estamos de festejo?

LARRAUDI: Lo prometido es deuda, coronel.

La cabeza del fósforo chasquea contra la superficie áspera de la caja y un ascua color naranja ilumina el hueco de la mano de Larraudi. Luego dirige el fósforo hacia una vela y la enciende. Está sobre una torta.

LARRAUDI: A BAUNESS. Desate las correas del coronel Maure, mayor.

BAUNESS: ¿Le parece?

LARRAUDI: Por supuesto. Quiero que brinde con nosotros. Traje champán. ¿Le gusta el chocolate?

MAURE: Antes le gustaba.

LARRAUDI: A BAUNESS, POR LA TORTA. La hizo mi señora, para usted. PAUSA. Vamos, desátelo. Primero brindamos y luego concluimos.

Como en un sueño, Bauness afloja las gruesas correas de cuero que aprietan el cuerpo de Maure.

MAURE: Gracias, Daniel. Déme una manita.

Larraudi se acerca con dos copas de champán y se las da.

LARRAUDI: Coronel... Mayor...

MAURE: Brindemos...

LARRAUDI: Feliz cumpleaños, mayor Bauness.

MAURE: Sí, feliz cumpleaños, Daniel.

BAUNESS: Gracias.

MAURE: ¡Ahh! ¡Rico, así helado!

LARRAUDI: *AFECTUOSO, A BAUNESS.* ¿Creyó que nos habíamos olvidado?

BAUNESS: No... No pensé en eso... *PAUSA.*

LARRAUDI: Bueno, usted ya sabe a lo que hemos venido, mayor.

BAUNESS: Sí.

LARRAUDI: Hágalo. Total no se pierde nada. Usted no es supersticioso.

BAUNESS: *SIN CONVICCIÓN, DERROTADO.* No quiero.

MAURE: No se trata de querer, Daniel. Es lo justo.

LARRAUDI: Mejor recuéstese, mayor Bauness.

MAURE OBLIGA SUAVEMENTE A BAUNESS A QUE SE RECUESTE EN LA CAMA DONDE ESTUVO MAURE. LO HACE CON DELICADEZA, SUTILMENTE. BAUNESS SE DEJA LLEVAR, LAXO, DÓCIL, ENTREGADO.

Eso es. Tranquilo. ¿Prefiere que le ajustemos las correas o lo dejamos suelto?

BAUNESS: Ajústenme las correas. Va a ser mejor...

LARRAUDI: Muy bien. *MAURE LE AJUSTA LAS CORREAS.*

MAURE: Es un instante, Daniel. Los ojos. *PAUSA, CARIÑOSO.* Vamos... mirame a los ojos...

BAUNESS: *ANGUSTIADO.* No puedo hacerlo, Julito, hoy es mi cumpleaños. No puedo...

MAURE: *DULCE.* Vamos viejito. No es nada. Todos lo hemos hecho. Vamos, mirame a los ojos. ¡Dale! Como un hombre. *PAUSA TENSA.*

BAUNESS: ¿Me va a doler?

MAURE: No, ni te vas a dar cuenta, Danielito.

BAUNESS: Está bien.

Maure y Bauness se miran largamente a los ojos. Tras una pausa, un intenso temblor recorre el cuerpo de Bauness que se contorsiona, como el de un poseso, mientras que el cuerpo de Maure se libera. El silencio en que caen es ciego y huele mal. Es nauseabundo. Puede palparse. Asquea. De golpe, desde el hedor, una voz quebradiza, lejana y lenta, se manifiesta en la garganta de Bauness.

BAUNESS: Siluetas en la noche de mi nombre. Islas quietas palpando un paredón que arde. Dunas disueltas en esta hiel que rememora, el duro plomo de mi muerte ajena. Y en tus recuerdos un papel que cae, hiriéndote en la madre de los sueños. Hojaldre este dolor que en la memoria yace, como una luz de pus quebrando leños. Y en tu garganta con mi voz va mi condena, que con mis nombres rotos te encadena, a mi recuerdo que sigue vivo y suena, en tu carne asesina que no absuelvo. Soy esta furia fría. Soy el volver disuelto. Soy el hombre que mataste y que no ha muerto.

Un ruido ronco y violento sigue saliendo de la garganta de Bauness, hasta que lentamente se funde con el sonido grave de un contrabajo.

LARRAUDI: *OPERATIVO, PROFESIONAL, LE EXTIENDE LA JERINGA A MAURE.* Aquí tiene, coronel.

MAURE: *CON CIERTA TRISTEZA.* Gracias, señor.

LARRAUDI: ¿Está preparado, mayor Bauness?

BAUNESS: *CON SU PROPIA VOZ.* Creo que sí, mi coronel.

LARRAUDI: Proceda, coronel Maure. Haga justicia.

Cuando Maure inyecta a Bauness, el sonido grave del contrabajo va creciendo en intensidad, mientras la escasa luz se hunde en la oscuridad final.

TELÓN

ARIEL BARCHILÓN.

San Juan, Argentina, 1957. Dramaturgo, narrador, licenciado en Letras (UBA), instructor de tai chi chuan, periodista, redactor publicitario y docente de creatividad.

Ha recibido algunos premios literarios. Pueden destacarse entre ellos: 1° Premio Iniciación de Teatro, producción 1994/1995, de la Secretaría de Cultura de la Nación, por *Los impunes*, estrenada en 1997 por Lorenzo Quinteros y seleccionada para el Festival Internacional de Buenos Aires, del mismo año. 1° Premio en la categoría Cuento del Concurso Literario Identidad. De las Huellas a la palabra, organizado por las Abuelas de Plaza de Mayo, por *Aguila de murciélago*, 1997. *Fuerte leve, leve fuerte*, texto dramático de corta duración, seleccionado para su puesta en escena (Teatro del Pueblo) y edición (Eudeba) por los organizadores del ciclo Género Chico, coordinado por Rubén Szuchmacher, 1997. 1° Premio del Concurso Nacional de Dramaturgia organizado por el Centro de Estudiantes de la Escuela de Teatro de Junín, por *El que borra los nombres*, 1998. 1° Premio en el Concurso de Cuento, Poesía y Novela de la Ciudad de Morón, organizado por la Dirección de Cultura Municipal y la SADE (Sociedad Argentina de Escritores), filial Oeste Bonaerense, 1987, por la novela *Línea de tiza*. Premio Especial, otorgado por SPAE (Sociedad de Padres y Amigos de la Escuela de Arte Escénico, de San Juan) al libro de poemas *Países sin tornillo*, 1980.

Además de estas obras, ha escrito: *Aguila de murciélago* (cuentos, 1987), *Holefield* (novela, 1993), *La estupidez de las víctimas* (teatro 1990 - 1995), *Tatuaje* (teatro, 1996), *Pájaros de un tiro* (teatro, 1996), *Canto de amor contra la muerte* (teatro, 1997), *El miembro ausente*, (teatro, 1997), *Dulce Hogar* (teatro, 1997), *Cenizas en el corazón* (teatro, 1997), *Instrucciones para olvidar un nombre* (novela 1995 -1997). *Manchas de humedad sobre un cuerpo nocturno* (teatro, 1998), *El silencio pierde poder cuando amanece* (teatro, 1999).

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar

